

DESDE EL VIEJO CASERÓN DE SAN BERNARDO

PEDRO RODRÍGUEZ*

El año académico 1952-53 hacía yo el tercer curso de Derecho en la Universidad que hoy llaman Complutense. La sede de la Facultad —en el viejo Madrid— era para nosotros «el caserón de San Bernardo» o, sencillamente, «San Bernardo». Un curso, aquel tercero de carrera, que nos hizo discípulos de Antonio de Luna en Derecho Internacional y de Antonio Hernández Gil —ya hasta el final de la carrera— en Derecho Civil, parte especial. Pero aquel curso 52-53 fue para mí, sobre todo, el año del «seminario de Castro». Federico de Castro, junto con Jaime Guasp —tan distintos en su concepción del Derecho—, serían mis dos grandes maestros en San Bernardo. Fui admitido, en efecto, en el Seminario que dirigía don Federico en el Instituto de Estudios Jurídicos: entiéndase, en lo que él llamaba el seminario «minor», para jóvenes estudiantes. Para los trabajos del seminario escribí mi «primera monografía», cuyo texto he perdido no hace mucho tiempo y que me haría gracia recuperar ahora desde mi dedicación a la Teología. Se llamaba «Naturaleza procesal del Art. 41 de la Ley Hipotecaria».

A los del «minor» se nos concedía de vez en cuando la posibilidad de asistir como «mirones» a algunas sesiones del seminario «maior», el de los grandes santones del Derecho Civil: catedráticos, letrados, magistrados, notarios. Allí, a un santón cuyo nombre nunca supe, le oí hablar, de la manera más encomiástica, de los Cursos de Verano de la Universidad de La Rábida. Casi sin saber cómo, me encontré escribiendo a la Secretaría de aquella Universidad. Recibí impresos para solicitar una beca, que rellené y envié con todo tipo de certificados. Mis amigos de la Facultad tenían otros planes estivos. No me contestaban de La Rábida y casi me llegué a olvidar del proyecto, que daba por perdido. Me esperaba, pues, como en años pa-

* XI Curso de la Universidad de La Rábida (1953). Profesor de Teología Sistemática. Decano de la Facultad de Teología, Universidad de Navarra.

sados, un verano familiar y provinciano: la recoleta sierra de Béjar, al sur de Salamanca, con cotidianas excursiones por «el Castañar» y otras más aventuradas hasta la increíble y hermosa aldea de Candelario.

La carta de La Rábida

De pronto, llegó la carta de La Rábida: beca, incluyendo impreso para viaje en la Renfe a precio muy reducido. En tercera, claro. Ese viaje fue para mí inolvidable. Recorrí una línea que bajaba de Salamanca atravesando de norte a sur toda Extremadura, adentrándose en Andalucía para terminar en la ría de Huelva. Horas y horas con un calor asfixiante. 1.º de agosto. Sed. Las vías en estado deplorable. Resoplando la máquina como en las películas del Oeste. Hoy hace ya años que la línea fue suprimida. Pero viaje inolvidable, sobre todo, por la alegría que yo llevaba dentro de mí entre los calores y resoplidos de aquel desvencijado vagón (tal vez el peor de España); era la alegría de continuar la vida universitaria también en verano.

Hasta entonces, mi expansión cultural veraniega había sido la lectura sistemática, en Béjar, de la revista *Arbor*, empezando por el n.º 1, pero carecía de interlocutores en el Castañar para tantas cuestiones que se suscitaban en mi espíritu. No tenía yo entonces la menor idea de qué podía ser una Universidad de verano, aunque me parece —así lo pienso ahora— que lo presentía. Como una síntesis del verano (sinónimo para los estudiantes de ocio y tiempo libre, playa y excursiones, viajes, nuevos amigos) y de la preocupación por la cultura que el viejo Caserón nos había metido dentro, de manera ya irremediable...

Impresiones imborrables

Por fin, La Rábida. ¿Cómo describir, casi 40 años después, mi impresión de todo aquello? Yo soy hombre de escasa memoria —mi fichero de recuerdos se llama Pepe Villacañas, un gran amigo del Caserón—, pero de impresiones imborrables. Unas impresiones, pues.

Primera: la belleza, la armonía, la coherencia perfecta del conjunto que formaban hombres, edificios y paisaje. La Universidad, el Monasterio, los pinos y la ría no eran comprensibles —y viceversa— sin aquellos profesores, sin los frailes franciscos, sin el conserje y aquellas mujeres que cocinaban, limpiaban y hablaban con gracioso acento onubense, sin aquel medio centenar de estudiantes: españoles —mayoría de andaluces—, salpicados de hispanoamericanos con algún «exótico» alemán o inglés. Quizá esa im-

presión de belleza armónica provenga del sol resplandeciente de La Rábida, que llena de una luz especial a los hombres y a las cosas. O tal vez, de Santa María de La Rábida, ante la que rezó Colón y rezábamos nosotros, que unificó dos mundos y ponía también unidad en nuestras vidas.

Segunda: don Vicente. La imagen que yo retengo del ilustre Rector de la Universidad es inequívoca: en bañador. Así lo conocí. Aquel año se incorporó a La Rábida ya avanzado el curso. Venía de un largo viaje por América. Llegó a media mañana y bajó después al embarcadero, donde la gente estaba ya bañándose. Cuando yo bajé, vi allí a don Vicente, con su inmensa humanidad en bañador. Nadie tuvo que decirme quién era. No había duda. Lo primero que capté fue la mirada vivaz, penetrante de sus ojos, llena de luz y de afecto. Le fui presentado, con alegría y temor por mi parte, pues era evidente que aquella inmensa mole sembraba cariño y peligro a su alrededor: le divertía lanzar a la gente al agua en un descuido durante la conversación. Aquella mañana —estuve cauteloso— no fui lanzado desde el embarcadero.

Don Vicente reía y contagiaba a todos, era el alma más juvenil de la Universidad. Instintivamente, todos queríamos exponerle nuestros puntos de vista, discutir los suyos, bromear y reír con él. Aspirábamos, como la cosa más natural del mundo, a ser sus amigos. Parecía increíble, pero era una realidad cotidiana: una personalidad tan ilustre en el campo de la ciencia y de la cultura dedicaba una velada y otra —hasta las tantas— a un «casinete» de chavales, hablando con ello de lo divino y de lo humano. Porque para Vicentón —como le llamaban sus colegas— hablar con Dios y de las cosas de Dios era lo más natural y cotidiano, tan normal como hablar de América o de la Universidad, que para él eran también «cosas de Dios».

Tercera: «ayuntamiento de maestros y estudiantes». La Rábida era eso: la definición misma de la Universidad, pero vivida como comunidad de amigos, a los que unía su preocupación por los problemas de la cultura, en medio de una diversidad notable —pero frecuente en aquellos tiempos— de enfoques políticos y sociales. Había un extraordinario respeto a las ideas porque el clima era de cariño a las personas. Don Vicentón —como decíamos entre nosotros— era el alma de todo aquello y La Rábida era el estilo de don Vicente.

Dato para la historia

Con Emilio Sánchez Pintado —otro compañero del Caserón y hombre, después, de La Rábida— conversaba yo hace poco de nuestra experiencia

rabideña. Su vivencia de aquellos cursos es semejante a la que yo he querido describir, pero mucho mejor expresada: La Rábida —decía Sánchez Pintado— ha sido la «Utopía de la Universidad». Nada más exacto, a mi entender. Las aulas, el bar, el comedor, los seminarios y las tertulias, el embarcadero, las canoas, la silueta del Monasterio... Cada dimensión de la vida universitaria expresaba, a su manera, aquella magnífica convivencia de maestros y estudiantes, que nos exigía pensar con rigor en España, en Europa y en América.

Dije más arriba que yo presentía, antes de ir a La Rábida, lo que era una síntesis de juventud y cultura. Pero ahora dudo que esto sea exacto. ¿No será, más bien, que esto que yo llamo presentimiento mío es en realidad la huella de La Rábida en mi espíritu?

En aquel curso de La Rábida cumplí veinte años.

Postscriptum: Se terció después en mi vida la llamada al sacerdocio. Recibí la ordenación en Madrid. Primera misa solemne, 15 de agosto de 1958, Asunción de la Virgen, en el altar mayor del Monasterio de Santa María de La Rábida. Asistía en pleno el XVI Curso de Verano de la Universidad presidido por don Vicente. Era la primera vez —y tal vez hasta ahora la única— que un sacerdote, antiguo alumno de la Universidad de La Rábida, celebraba en La Rábida su primera misa. Quede este dato para la historia.